

La Ciudad Encantada de los Césares

Los pilares de una utopía: Oro, Fe e Ilusión

Contra lluvias y nieves
Contra el furor del perpetuo viento
Entre la niebla umbría,
Sin tregua ni descanso un solo instante
¡Adelante, adelante!

Goethe

En la sociedad de hoy en día, donde el teclado y el ratón del ordenador se han convertido en simples extensiones de nuestras manos; donde nuestros sentimientos son consecuencia de complejas reacciones químicas; donde nuestra libertad ha quedado supeditada a las letras de la hipoteca, los hijos y el trabajo; donde podemos conocer una noticia del otro lado del mundo a los cinco minutos de suceder; nos resulta inconcebible abandonar la seguridad de nuestro país, hogar y familia, vender nuestras posesiones apresuradamente, y dirigirnos a un destino incierto y peligroso contando como única guía deformados rumores y habladurías exageradas. Todo por una ilusión, un deseo, una fe,...

El prelude a un aluvión de sueños

12 de octubre de 1492

¡Tierra, tierra! Un enfervorizado grito, emitido desde el mástil de la carabela La Pinta, rompió la quietud de la mar. Al instante, como si de una poderosa fuerza les arrastrara, los marineros, harapientos y de ojos fanáticos, pertenecientes a la flotilla de barcos fletada por los SS.MM Católicas y al mando del almirante Cristóbal Colombo levantan la mirada y con un gesto en el que se entrecruzan el la ansiedad y el miedo a la decepción corren hacia la proa. En el horizonte, una brumosa tierra va perfilando su perfil a la luz del amanecer. Miedos, esperanzas, mentiras, triunfos y fracasos han sido los compañeros de estos amadis de Catay a lo largo de 800 leguas y algo más de dos meses de navegación. De repente, la quietud de la observación se ve interrumpida por el graznido de una bandada de aves de brillante plumaje. Ya no hay duda, habían avistado tierra. En un momento, las cubiertas de los barcos se convierten en una algarabía de gritos de alegría y palmadas en la espalda, donde hasta los más enfermos sacan fuerzas para vitorear al almirante Colón, artífice de la ruta occidental a la Indias. Pero el apelado solo tiene ojos para el desfile del Cipango, el Preste Juan, las islas de la especiería y todo el exotismo de Oriente...

Espacio de mitos

En la antigua Grecia la voz “mito” significaba fábula, cuento, narración o estrictamente habla, pero haciendo referencia a aquello que no tenía una existencia real, y que había transcurrido en un tiempo anterior al origen del mundo convencional. Su inicio se encuentra en la búsqueda de respuestas del hombre frente a aquellos fenómenos de la naturaleza a los que no hallaba una explicación lógica. Si por un ejemplo, estallaba una fuerte tormenta, esta era porque algún Ulises¹ desvergonzado había provocado las iras del señor de los mares, Poseidón; mientras que el paso del cálido verano al frío invierno se explicaba en función de que Deméter, diosa griega de la fecundidad de la tierra y la agricultura, emprendía en esta período la búsqueda de su hija Perséfone, dejando paralizados los campos y la naturaleza².

Cuando, aquel 12 de octubre de 1492, tres navíos castellanos arribaron a la isla de San Salvador, en la actualidad isla de Watling³, desmesurados valores y creencias de muy diversas índoles viajaban de forma silenciosa y callada como pobres polizones entre los barriles de vituallas y los coyotes, en la sentina y en la camareta del escribano, en la mente y sentir de cada una de las personas que conformaban aquella expedición. Leyendas, tradiciones e historias, empapadas del imaginario pagano y medieval y con una débil patina eclesial, cruzaron el océano junto a descubridores dando explicaciones a diestro y siniestro para intentar explicar

los enigmas de aquellas exuberantes y míticas tierras que se les habían cruzado en el camino. Y así se produjeron los mitos geográficos como la Fuente de la Eterna Juventud⁴ o el Dorado⁵; así como otros desvaríos mentales como en el caso de los gigantes⁶, los pigmeos, e islas fantásticas e inalcanzables como la Antilia⁷ o Fontasía⁸. Estos conquistadores, la mayoría iletrados pero también clérigos y nobles de formación humanística, intentarían encontrar una explicación a esas nuevas tierras echando mano del bagaje cultural que habían traído desde el Viejo Mundo. Un ejemplo claro se presentaría en como Bernardino de Sahagún⁹, fraile franciscano de origen leonés y antropólogo novel, asimila las divinidades aztecas a los dioses latinos. Así identifica con peregrinas razones a Chalchiuthliene, diosa de los ríos, mares y lagos con Juno, diosa patrona de la maternidad y las mujeres; y al dios menor del fuego Xiuhhtecutli, con Vulcano, herrero de los dioses. Cuando los conquistadores hispanos realizaron estas exploraciones transoceánicas su visión de los nuevos lugares, hombres y animales se vio influida por cinco agentes socioculturales:

● **El mar Mediterráneo: un vivero de sueños**

Durante siglos pueblos como los fenicios, egipcios, cartagineses, griegos y romanos entre otros surcaron de norte a sur y de este a oeste las aguas del Mediterráneo y sus costas. Aquellos pueblos marineros, con la luz de las estrellas como única guía trajeron, llevaron y comerciaron sus mercancías, mientras a la par, de un modo apenas perceptible y silencioso, esparcían la semilla de su cultura, tradiciones y religiones por toda la cuenca mediterránea dando lugar a una gigantesca vorágine donde mitos, leyendas y fantasías se aglutinaron y mezclaron dando lugar a otras nuevas. Así cada generación de civilizaciones y pueblos asimilaba y adoptaba parte de la cultura, conocimientos y tradiciones precedentes y las incluía en las suyas propio; cuyo ejemplo más representativo sería la adopción del alfabeto fenicio por la lengua de Heródoto¹⁰.

Estos pueblos tuvieron conocimiento desde muy pronto de que su “mare nostrum” tenía una salida situada al este que los comunicaba con un gran mar desconocido y peligroso, del cual surgían de tanto en tanto pueblos bárbaros y violentos para abalanzándose sobre las ciudades mediterráneas cual plagas de langostas sobre los campos de cereales. Esta puerta ceñida por las columnas de Hércules¹¹ supuso durante mucho tiempo el umbral final de la mayoría de las expediciones comerciales, del que tan solo unos pocos atrevidos se atrevían a atravesar. Con los siglos leyendas y prohibiciones encadenaron las puertas al más allá, fantástico y lleno de incertidumbres. El griego Platón¹² “el de las anchas espaldas” relataba que más allá del estrecho se encontraba la Atlántida, un continente hundido por una sucesión de cataclismos allende los brumosos tiempos heroicos, y de la que tan solo quedaban como triste recuerdo las cumbres de sus cordilleras. Platón describió en dos de sus diálogos: Timeo y Critias, que había existido una isla más grande que Asia y Libia juntas, la cual se encontraba a poca distancia de las costas africana y española. El relato sucesivo se estructura a través de una sucesión de elementos fantasiosos: su origen, gobernantes, riquezas y su destino final. Durante la conquista de América, muchos cronistas intentaron dar con una explicación plausible al origen de este nuevo mundo relacionándolo con la utopía atlante. Así el navegante y erudito pontevedrés Pedro Sarmiento de Gamboa¹³, que exploró el estrecho de Magallanes¹⁴, escribió en su Historia Índica: <<... “Queda de aquí que las Indias de Castilla fueron continentes con la Isla Atlántida” >>; igualmente Francisco López de Gómara¹⁵, capellán de origen soriano y biógrafo del conquistador extremeño Hernán Cortés, afirma sin reparo en su obra Historia General de las Indias que América <<son la isla y Tierra Firme de Platón, y no las Hespérides ni Ofir y Tarsis, como muchos modernos dicen. >>

Asimismo el filósofo y científico Aristóteles¹⁶ cuenta que el Senado de Cartago prohibió bajo pena de muerte las expediciones a una distante isla del océano Atlántico: <<...Por el mismo tiempo, como algunos cartagineses partiesen de España por mar, (...); tomando la derrota entre poniente y mediodía y vencidas las aguas bravas del mar Océano, con navegación de muchos días descubrieron y llegaron a una isla muy ancha, abundante de pastos, de mucha frescura y arboledas y muy rica, regada de ríos que de muy montes empinados se derribaban, tan anchos y hondables que se podía navegar. Por esto y por estar yerma de moradores, muchos de aquella gente se quedaron allí de asiento, los demás con su flota dieron la vuelta, y llegados a Cartago, dieron aviso al Senado de todo (...) Esta isla creyeron fuese algunas de Canarias; pero ni la grandeza en particular de los ríos, ni la frescura concuerdan. Así los más eruditos están persuadidos es la que hoy llamamos de Santo Domingo o Española, o alguna parte de la tierra firme que cae en aquella derrota; y más cuidaron ser isla, por no haberla costeadado y rodeado por todas partes ni considerado atentamente sus riberas.>> (P. Juan de Mariana, Historia General de España, Libro II, Cap. II)

El cordobés Séneca¹⁷, en su obra *Medea*, predecía el siguiente dictamen, el cual fue utilizado por la corona castellana durante el siglo XVI para legitimar la conquista y evangelización del Nuevo Mundo:

<<Teniente annis soecula seris / Quibus Oceanus vincula rerum/ Laxet, e ingens pateat tellus, / Tephisque novos Detegat orbis, / Nec sit terris ultima Thule. >> (Siglos vendrán, de aquí a muchos años, en que el océano aflojara las ataduras de las cosas y aparecerá gran tierra y Tifis descubrirá nuevos mundos, y no será Thule la última tierra)

Por otra parte, en el siglo IV el poeta romano Rufo Festo Avieno¹⁸ compuso el poema *<<Ora maritima>>*, en el que declamaba: *<<... Afirma el gran Cartaginés Himilco / Que apenas esos mares, en el tiempo / Podrán de cuatro meses ser pasados; / Como por la experiencia probó él mismo. / Aquí las naves dilatadamente / Son impelidas de ningunos vientos. / Tan tarda es el agua, el mar tan perezoso, / Que confunde y espanta los ingenios; / Y añade que hay entre las blandas fauces / De algas marinas verde pavimento / Que a veces, como yerba, de las naves / Impide el curso contra vela y remo; / Pero no obstante, dice, no penetra / Lo profundo del mar: antes el suelo / Apenas cubre el agua; y siempre vaga / La fuerza, va su oposición venciendo... >> /*

Entre los siglos XV y XVI, un nuevo movimiento, que a la par que recorría Europa, afectaba a todos los campos del saber humano, y trastocaba la propia concepción del ser humano sobre si mismo y respecto a Dios y al mundo que le rodeaba. Iniciado en la centuria anterior en la ciudad italiana de Florencia, recién salida de la peste negra¹⁹ se caracterizó por la revitalización de los conceptos y elementos de la cultura grecorromana, razón por la cual recibió el nombre de Renacimiento, en clara contraposición con la Edad Media a la que se tachó de bárbara y gótica. Se leían con fruición los clásicos: Platón, Aristóteles, Cicerón²⁰, Plinio el Viejo²¹, Tolomeo²²...; muchos de ellos procedentes de los anaqueles polvorientos de los monasterios; del contacto con la civilización musulmana, cuyo modelo más notable sería la escuela de traductores de Toledo²³; y paradójicamente, de la emigración que muchos sabios bizantinos hicieron a tierras de Italia tras la conquista de Constantinopla por los otomanos en 1453.

Durante la conquista indiana, los cronistas del Nuevo Mundo no pudieron sustraerse a estas influencias, y así en sus escritos se apoyan en el concepto de “*autoritas*” de los escritores clásicos para encontrar referentes directos de aquellas nuevas tierras. Había una constante comparación entre los conocimientos de la Antigüedad Clásica y la visión del Nuevo Mundo, reflejado todo esto en las crónicas sobre la conquista:

<<...como natural de Cuzco, que fue otra Roma en aquel Imperio, ... >> (Comentarios Reales, Inca Garcilaso de la Vega²⁴); o hablando sobre el panteón inca *<< Y así vinieron a tener tanta variedad de dioses y tantos que fueron sin número, y porque no supieron, como los gentiles romanos, hacer dioses imaginados como la Esperanza, la Libertad, la Paz y otros semejantes, ... >>* (Ídem)

<< Esto canta Séneca en sus versos, y no podemos negar que al pie de la letra pasa así... >> (Historia natural y moral de las Indias, José de Acosta²⁵)

No solo los clásicos aparecen como soporte y bastión de defensa de las especulaciones de los cronistas de las Indias respecto a América, sino que intervinieron en la formación de algunos mitos novomundinos, sea el caso de las amazonas, descritas por primera vez en la monumental obra del historiador griego Heródoto allá por el siglo V a.C. y aparecidas de la mano de Cristóbal Colón en tierras americanas²⁶; y la leyenda de los caníbales²⁷, cuya primera mención en la historia occidental nos lleva al militar y filósofo ateniense Jenofonte también por el siglo V a.C.

● **La Iglesia: omnipotente, omnisapiente, omnipresente y omnisciente**

En el 313 d.C. el emperador Constantino²⁸ publica el edicto de Milán, por el cual la Iglesia obtiene el derecho a vivir públicamente en la sociedad romana. Los siguientes emperadores, a excepción del conato de rebeldía protagonizado por Juliano el Apostata²⁹ al intentar instaurar una iglesia pagana paralela a la cristiana, fueron haciendo desaparecer a los distintos cultos paganos mediante sucesivas restricciones, hasta que Teodosio el Grande³⁰ convirtió al cristianismo en religión oficial del Imperio lapidando mediante este acto a las demás creencias. Protegido por los emperadores por medio de ayudas y legales, los postulados del cristianismo afectan a todas las facetas de la sociedad, desde las leyes sobre el matrimonio, cuya modificación

más destacada sería la prohibición del divorcio hasta el calendario, el cual fue sustituido por uno de raíz cristiana. Poco a poco la Iglesia ya oficial va arrinconando y haciendo desaparecer los vestigios del paganismo, empezando por su propia cultura, en especial aquellos contenidos de la filosofía y la ciencia, que pusieran en entredicho los pilares y dogmas sobre la que se asentaba el cristianismo. Se puede decir que a principios de la Edad Media en el mundo occidental, la Iglesia se había convertido en la única depositaria de la cultura y el conocimiento, y en el faro hacia el cual dirigían sus miradas en busca de respuestas los habitantes medievales, quienes consideraban que la Iglesia compartía los mismos atributos que ostentaba Dios: “*omnipotente, omnisapiente, omnipresente y omnisciente*”. Por fortuna, la representante terrenal de Dios supo encontrar explicaciones o se las inventó sobre la marcha para casi todo. El cómo y porqué del hombre y demás seres vivos, el nacimiento de las aguas y los vientos... y así un largo etcétera.

Pero cuando aquel 12 de Octubre de 1492, Cristóbal Colón topó con una tierra desconocida los esquemas de la Iglesia empezaron a resquebrajarse. Rápidamente, la Iglesia, tan acostumbrada como estaba a someter a la geografía al dogma, se creyó en el compromiso de encuadrar aquellas inexploradas tierras americanas a alguno de los lugares bíblicos que aparecían en las Sagradas Escrituras como fue el caso de las regiones bíblicas del Paraíso, Tarsis y Ofir³¹,... que quedaron hermanadas con tierras del Nuevo Mundo. Esta actitud se aprecia ya desde los albores del descubrimiento de América, donde ya el propio Cristóbal Colón, en una carta fechada en 1502 y dirigida al entonces sucesor de San Pedro, Alejandro VI³²; en la que informa de: <<...*Esta isla es Tarsis, es Cethia, es Ofir y Orphaz e Cipanga [...] Creí o creo aquello que creyeron e creen tantos santos e sabios teólogos, que allí en la comarca es el Paraíso terrenal.* >>

Según nos indica la Biblia, el lugar original del Paraíso fue el monte Safón en Siria, posteriormente en Hebrón, algo más tarde en Jerusalén, después se ubicó en la entrada del Golfo Pérsico, y finalmente, en lugar remoto e inaccesible para los simples mortales, situado en el extremo oriental del mundo: <<*Plantó luego Yhave Dios un jardín en el Edén al oriente y allí puso al hombre que lo formara* >> (Génesis II, 8)

Colón se encontraba en aquel extremo oriental del mundo, ignoto y remoto. Las tierras del continente americano se exhibían ante los ojos de aquellos conquistadores venidos de tierras tan radicalmente distintas, como el Paraíso perdido, reuniendo las características que establece el Génesis para que un lugar sea adjetivado de paradisiaco: que bandadas de aves vuelen por sus cielos, que exista una exuberancia de pastos y florestas, que goce de buen clima, que bancos de peces pueblen sus aguas, y que los animales disfruten de una larga longevidad.

● El misterioso Oriente

En los siglos XV y XVI geógrafos, cartógrafos y demás ralea de eruditos creían que una vez superado aquel mar de los Sargazos³¹ asociado a grandes monstruos abismales, a la falta de viento y la abundancia de algas, capaz de hacer desaparecer sin dejar rastro flotas enteras y testimonio, junto a las Canarias y Madeira, del cataclismo de la Atlántida; se encontraba el deseado este de Asia. Una Asia formada por una gran India y un gran popurrí de islas, cada cual más fantástica. Así se hablaba de Taprobana, una isla de enorme tamaño situada en la línea del ecuador y con frecuencia nombrada como Ceilán, y en la actualidad identificada con Indochina. Al oeste se encontraban las islas Molucas, atestiguadas desde la Edad Media como las Islas de las Especies, por ser el lugar de nacimiento de la mayoría de los condimentos (nuez moscada, clavo, pimienta,...) que aderezaban las comidas de los más pudientes en Occidente. En los atlas aparecían también dos penínsulas ubicadas en el sur y que habían recibido los nombres del Quersoneso de Oro y Cattigara, las cuales corresponderían con las presentes Malaca y Singapur. Un poco más al norte aparecía la difusa China, en aquel entonces Catay, y ya en la meta de Colón se situaba Cipango, el país del sol naciente, Japón.

En el siglo XV, la fuente de conocimiento más difundida sobre Asia era el viaje realizado por Marco Polo, un mercader y viajero veneciano que vivió a caballo entre los siglos XII y XIII, y que a la edad de 17 años acompañó a su padre Nicolás y a su tío Mateo a visitar la corte de Kublai, Gran Khan del Imperio Mongol, convirtiéndose en uno de los primeros occidentales en visitar el Lejano Oriente. El motivo de este viaje, realizado a petición del Papado, era establecer relaciones comerciales con los tártaros, además de obtener un aliado en la retaguardia del enemigo islámico, quien batallas tras batallas iba cercandando a los condados latinos establecidos en el litoral de Próximo Oriente a raíz de la Primera Cruzada³² e intentar devolver al redil de la Iglesia a la secta cristiana de los nestorianos³³, quienes desde el siglo VII habían ido predicando por Asia siguiendo la ruta de la Seda. Pronto, Marco Polo se ganó la confianza del Khan, quien le convirtió en su con-

sejero y a quien encargo numerosas misiones diplomáticas que le llevaron a recorrer territorios de los que Occidente no tenía más que vagos rumores. De esta experiencia surgiría el libro llamado “Los viajes de Marco Polo” o “El millón”, en el que describe sus viajes donde combina referencias antropológicas, económicas y diplomáticas, y por el cual se gana la fama de exagerado a su vuelta a Venecia.

La expedición de Cristóbal Colón iba en busca de aquellas ignotas tierras, que ya desde la destrucción del Imperio Persa por Alejandro Magno³⁴ en el siglo IV a.C. e incluso antes, se las describía llenas de riquezas, fantásticos monstruos y de dragones. (<<...*Por no perder tiempo quiero ir a ver si puedo topar a la isla de Çipango*>> (Sábado, 13 de octubre, *Diario de Colón*)) En la Santa María se encontraban un traductor de árabe y de hebreo con el fin de utilizarlos para desenvolverse en aquellas tierras, de las que se hablaba tanto y no se sabía casi nada real. Durante los años correspondientes a las gestiones de Colón ante distintas cortes europeas para defender la viabilidad de una ruta por el Oeste hacia la India, tres obras conformaron su “lectura de noche”: el *Historia rerum ubique gestarum* de Eneas Silvius Piccolomini³⁵ (el futuro Pío II), impresa en Venecia en 1477; el *Imago Mundi*, de Petrus Alliacus³⁶, publicado en Lovaina entre 1480-1483; y una edición de 1485 de *Il Milione*, de Marco Polo. Todas presentan numerosas anotaciones de su puño y letra en los márgenes, lo que sugiere que el descubridor de las Indias les presto una cuidadosa atención, y con toda seguridad de ahí obtuvo algunos de los argumentos con los que sostuvo su proyecto. De hecho, se observan considerables similitudes entre anotaciones presentes en el diario de Colón y algunas de las ideas expuestas en *Il Milione*, que no pueden ser simple fruto de la casualidad. El historiador Joam de Barros³⁷, el Tito Livio portugués, escribió en la su obra *Asia* que cuando Colón llegó a la Corte para ofrecer su proyecto a Juan II³⁸ (que debió ser en 1484), había <<leído mucho de Marco Polo, que hablaba de regiones orientales, del reino de Catai y de la poderosa isla de Cipango>>. El origen de la mayoría de los mitos y exageraciones que se dieron lugar durante la conquista se fueron fraguando en la mente del genovés en el primer viaje, ya que durante su recorrido por las islas del Caribe tuvo como influyente guía de viajes *Il Milione*:

Polo nos habla de las islas Macho y Hembra en el capítulo 184: <<*Sobre dos islas en una de las cuales habitan hombres sin mujeres y en la otra mujeres sin hombres. (...) En una moran hombres sin mujeres, y se llama en su lengua la isla Macho; en la otra, por el contrario, habitan mujeres sin hombres, y se denomina aquella isla Hembra. Las mujeres no van nunca a la isla de los hombres, pero los hombres van a la isla de las mujeres y viven con ellas durante tres meses seguidos. Habita cada uno en su casa con su esposa, y después retorna a la isla Macho, donde permanece el resto del año. Las mujeres tienen a sus hijos varones consigo hasta los XIV años, y después los envían a sus padres.*>>

Colón recoge en su diario el viejo mito de las amazonas, quienes surgen por primera vez el domingo 13 de Enero <<...*de la hisla de Matnino dixo aquel indio que era toda poblada de mugeres sin hombres*>>, reapareciendo el miércoles 16 <<...*mas diz que era cierto que las avía y que cierto tiempo del año, venían los hombres de la dicha isla de Carib, que diz qu`estava dèllos diez o doce leguas, y si parían niño enbiávanlo a la isla de los hombres y si niña, dexámbalos consigo*>>

Asimismo, Marco Polo al hablar del archipiélago africano de Andamán, describe a sus habitantes cinocéfalos, los cuales tienen cabeza, dientes y ojos de perro: <<*Andamán es un isla. (...) Todos los que viven allí tienen una cabeza como la de perro, con dientes y nariz como la de los grandes mastines.*>>. A lo que Cristóbal Colón asemeja el domingo 4 de noviembre: <<*Entendió también que lexos de allí avía hombres de un ojo y otros con hoçicos de perro y que comían los hombres y que en tomando uno lo degollavan y le hevían la sangre y le cortavan su natura.*>>

También que Colón tuviera tantas expectativas con las riquezas en metales preciosos y especias del Nuevo Mundo fue en parte debido a la mirada comercial sobre Asia del veneciano. La explotación y comercio de las especias aparecen en varias ocasiones: hablando de la isla de Java, en el capítulo 159, Marco Polo escribe << *Tienen muchas riquezas. Hay pimienta, nuez moscada, espliego, galanga, cubeba, clavo y todo tipo de valiosas especias. (...) Tanta es la riqueza que no se podría describir.*>>; lo mismo ocurre en el capítulo 176, dedicado al reino indio de Quilon << *Allí abundan los mirobálanos y la pimienta; los campos y los bosques están llenos de ellos, y se cortan en mayo, junio y julio. Los árboles de los que se obtiene la pimienta son domésticos, y se plantan y se riegan.*>> Igualmente Polo nos habla en varias ocasiones de piedras preciosas: en el capítulo 169, describiendo Ceilán dice:<< *En esta isla se extraen excelentes y admirables rubies, de los que no hay tal abundancia en ninguna otra parte del mundo del mundo. Hay también zafiros, topacios, amatistas y algunas otras apreciadas piedras preciosas. El rey de la isla tiene en su poder el más*

hermoso rubí que jamás se haya visto, hecho como ahora diré. Tiene una longitud de casi un palmo y el grosor del brazo de un hombre. >>

Colón parece que “encuentra” en las nuevas tierras riquezas a mansalva. El viaje colombino tenía que resultar rentable, ya que si no recibiría un buen pescozón de los Reyes Católicos³⁹: así nos habla de especias el 19 de octubre: <<... *esta costa toda y la parte de la isla que yo vi es toda cuasi playa, y la isla la más hermosa cosa que yo vi, que si las otras son muy hermosas, esta es más (...)* y aun creo que ai en ellas muchas yervas y muchos árboles que valen mucho en España para tinturas y para medicinas de especería más yo no los conozco, de que llevo grande pena. >>; y el domingo, 4 de noviembre, donde además habla de enormes cantidades de perlas: <<... *mostro el almirante a unos indios de allí canela y pimienta (...)* y dixeron por señas que cerca de allí avía mucho de aquello al camino del Sueste. Mostróles oro y perlas y respondieron ciertos viejos, que en un lugar que llamaron Bohío avía infinito>>; y no podía faltar la aparición el áureo metal, el eterno compañero de la locura humana: <<... *pero supo el Almirante de un hombre viejo que había muchas islas (...)* en las cuales nasce mucho oro, hasta decirle que avía isla que era toda oro, y en las otras que hay tanta cantidad que lo cogen y ciernen como en cedaço y hacen vergas y mill labores>>. (Martes, 18 de diciembre)

● **Con un libro en el equipaje**

El cronista Bernal Díaz del Castillo⁴⁰ narra que Hernán Cortés⁴¹, cuando se avistaron las costas mexicanas, profirió: <<*Dénos Dios ventura en armas, como al paladín Roldán,...*>> haciendo referencia a Roldán, comandante de los francos al servicio de Carlomagno muerto en la Batalla de Roncesvalles, y cuya gesta quedó recogida en La Chanson de Roland⁴². Asimismo el medinense relata en la Historia verdadera de la conquista de Nueva España el asombro que le produce la visión de las poblaciones edificadas sobre el agua, a lo que exclamó: <<*parecía a las cosas y encantamientos que cuentan en el libro de Amadís*>>, aludiendo al libro de caballerías Amadís de Gaula. Las novelas de caballerías y de naufragios fueron los best-sellers en todo el siglo XVI, por lo que no resultara extraño que los conquistadores se llevaran copias de obras de caballería en la talega. La influencia de dichas obras de manifiesta por ejemplo en el nombre dado a California, como testimonio de un pasaje de Las sergas de Esplandián⁴³, o en el dado a los integrantes del pueblo Tehuelche, nombrados patagones por recordar a una descripción hecha en la obra Palmerín de Inglaterra⁴⁴. Pero la influencia no solo fue en un sentido, sino que fue reciproca, por lo que es frecuente encontrar menciones a las leyendas americanas en las obras del Siglo de Oro español.

● **Chismorreos a la luz del fuego del campamento**

Durante toda la conquista de las Indias y posterior exploración del continente americano, la principal “*agencia de noticias*” de los conquistadores fueron los aborígenes del Nuevo Mundo. Bajo la sombra de un acero toledano, por el resplandor de unos reales, por simple malicia o ante el olor del potaje, los indios se aprestaban a dar la razón, confirmar o simplemente asentir lo que aquellos hombres barbudos les decían sobre ciudades de oro, mujeres guerreras y hombres con cabeza de can. La total ignorancia de las lenguas nativas por los españoles, unido a su gran inclinación de éstos a ver la confirmación de sus deseos en las ininteligibles parloteos indígenas, costumbre ya presente en el primer viaje colombino cuando Colón, quien si hacemos caso a su Diario entendía a los aborígenes americanos a los dos días de avistar el Nuevo Mundo, en una “*charla*” con unos caribes <<*Entendió también que lexos de allí avía hombres de un ojo y otros con hoçicos de perros que comían los hombres...*>>; y cuando en otra ocasión los indios le dicen *caniba* (refiriéndose a los antropófagos), el genovés entendió que se referían a los súbditos del Gran Khan. De esta manera, considerados los indígenas por los españoles como fuentes fidedignas, los derroteros, relaciones, crónicas y capitulaciones coloniales se llenan de: <<...*además de esto los indios están continuamente diciendo...*>> (Derroteros y viajes a la Ciudad Encantada, o de los Césares, que se creía existiese en la cordillera, al sud de Valdivia, Pedro de Angelis) o <<*El cacique Mariman me aseguro haber divisado...*>> (Ídem) o <<*Por el indio Quaiquil supe igualmente...*>> (Ídem). Pero el *mea culpa* sobre los fantasiosos rumores que corrían entre las filas de los expedicionarios europeos debe ser entonado a la misma voz por indígenas y españoles, ya que no podemos olvidar el papel que la fanfarronería, el afán de sentirse superiores a los demás relatando sus cada vez más inverosímiles aventuras novomundinos, y la humana exageración en los relatos de la esforzada conquista de las Indias de estos últimos cumplía en el horneado que resulto ser el pastel de las leyendas del Nuevo Mundo. Y de esta forma los españoles abandonaban la seguridad de su tierra, el hogar y

la familia, dispuestos a sufrir los azotes y peligros de la vida, las inclemencias del tiempo, los estragos de la guerra y la inmensidad de América <<...sin más luz que unos relatos ciegos y sin bastante fundamento, si bien es verdad que todos se dirigen al corazón y entrañas de esta tierra firme. >> (Noticias históricas, fray Pedro Simón).

La leyenda de la “Ciudad Encantada de los Césares”

Calificada como el último mito de la conquista americana, la Ciudad de los Césares gozo de una larga vida en la mente de españoles y criollos. Originada su búsqueda en los umbrales del siglo XVI, aún se intentaba encontrar su emplazamiento en el ocaso del siglo XVIII.

Su nacimiento

En 1508, dieciséis años después de que Colón pisara el Nuevo Mundo, Vicente Yáñez Pinzón¹ y Juan Díaz de Solís² capitularon con la Corona de Castilla la búsqueda de la conexión del Atlántico con el Pacífico por el istmo de Panamá. Aunque no faltaron notables descubrimientos geográficos, tales como la península del Yucatán, los escasos beneficios económicos y las desavenencias entre los dos capitanes hicieron que a la vuelta a la Península un año después ambos fueran detenidos.

Las noticias del descubrimiento del Mar del Sur por Balboa³ en 1513, hicieron que dos años después la Corona organizara rápidamente una expedición, al mando del incansable Díaz de Solís, hacia el nuevo mar situado a espaldas del territorio bautizado como Castilla de Oro⁴. Tras algunos contratiempos, entre ellos la zozobra de la nave capitana en Lepe; la expedición partió de Sanlúcar de Barrameda en octubre de 1515; un año después las tres naves expedicionarias navegaban frente a las costas brasileñas y uruguayas, descubriendo la desembocadura del Río de la Plata que recibió el nombre de mar Dulce. En el estuario se descubrió la isla de Martín García llamada así en recuerdo del despensero de la nave que en ella fue enterrado y siempre en la búsqueda del paso transoceánico, ascendieron las aguas del río Paraná. Los numerosos indios que poblaban sus litorales les invitaron a ir a tierra, dejando regalos en la playa en señal de amistad. Confíados, Solís y otros ocho hombres desembarcaron cayendo en una emboscada de las que solo se salvo un grumete. Tras la muerte de Solís, la expedición puso sus proas en dirección a la Península realizando breves recaladas en las islas de los Lobos y en el puerto de Patos, donde naufragó una carabela. Dieciocho marineros suyos fueron capturados por los indios.

Una década después de la muerte de Solís, Sebastián Caboto⁵ llegó a la desembocadura del río de la Plata. Allí tuvo conocimiento por boca de Enrique Montes y Melchor Ramírez de las desgraciadas peripecias del portugués Alejo García⁶, uno de los supervivientes de la expedición de Solís, quien reunió un grupo de indígenas guaraníes y se adentró en las regiones del Chaco en busca de la mítica Sierra de la Plata y el “Rey blanco”⁷. El italiano, subyugado por las historias contadas por Montes y Ramírez sobre las fabulosas minas de plata existentes en el alto Paraná, cambió su idea original de ir en busca de las islas de las especias por la de intentar llegar a las legendarias ciudades de Tarsis y Ofir.

Derrotados por las espesas y laberínticas selvas del Paraguay, los expedicionarios no alcanzaron ninguno de sus difusos objetivos. De toda esta desgraciada marcha sólo quedó como testimonio, tal como relata Díaz de Guzmán⁸ en su obra Anales del descubrimiento, población y conquista de las provincias del río de la Plata, la erección del fuerte Sancti Spiritus o Torre Caboto, primera fundación hispana en la región, en la confluencia de los ríos Carcaraña y Paraná el 9 de junio de 1527 y el envío un año después de un grupo de catorce hombres al mando del capitán Francisco César, a explorar los alrededores. César dividió a sus hombres en tres grupos, enviando a uno de ellos a explorar el sur, por el territorio de los belicosos querandies. Las enfermedades, la hostilidad de los indígenas y la ardua orografía del terreno se conjuraron para que nunca se volviera a saber de ellos. De idéntica fortuna, otro encamino sus pasos hacia la tierra de los bravos carcarañás. Con mejor suerte, César y el resto de los hombres penetraron por el noroeste de ese desconocido territorio en busca de la mítica Sierra de Plata. Como su principal información provenía de los comentarios de los indios – aderezados con un buen chorro de ambición e imaginación española- es posible que los indígenas se refirieran a las minas de Potosí y Porco, conocidas por los incas pero sin explotar, o a Cuzco, la magnífica ciudad capitolina inca.

Tres meses más tarde regresaron seis o siete de los catorce hombres que habían partido. Habían recorrido 1.500 kilómetros a través de peligros, selvas e indígenas hostiles, transportando como único equipaje el germen que en pocas décadas daría lugar a la leyenda de una mítica ciudad, rica y escondida, bien situada en las islas de un lago, bien en la parte frontal de la Patagonia. Ante escribanos del rey y en la camarería que nace entre borrachos de una taberna, señalaron que <<...continuando sus jornadas volvieron hacia el Sur, y entraron en una provincia de gran suma, y multitud de gente; muy rica de oro y plata, que tenían juntamente mucha cantidad de ganados y carneros de la tierra, de cuya lana fabricaban gran suma de ropa bien tejida. >> (La Argentina Manuscrita, Ruy Díaz de Guzmán)

En su trayecto posiblemente habían llegado a las actuales provincias de Mendoza y San Luis, situadas en el centro oeste de la Pampa y lindando con el levante de la cordillera de los Andes, y quizá hasta el lago Nahuelhuapi, el cual podría ser el origen de una versión sobre la ciudad de los Césares según la cual esta se asentaba sobre varias islas de un gran lago. Para más INRI, en 1863 el naturalista y cartógrafo francés Martin de Moussy⁹, situó a orillas de este lago a dicha población en su reputado atlas sobre la Confederación Argentina. En estas zonas habitaban las etnias indígenas de los comechingones y diaguitas, fuertemente influenciados por la cultura andina, la cual se manifestaba en el trabajo de la metalurgia de cobre, bronce y oro; la elaboración de tejidos de gran calidad; y en la crianza de llamas y alpacas (los llamados “carneros” para los hombres de Francisco César). Este breve relato sobrevivió a las arenas del tiempo, transformándose, cambiando de localización la leyenda, añadiéndosele nuevos personajes y descripciones, pero que en base hablaba de una fabulosa ciudad, llena de riquezas y escondida a los ojos de los mortales; poblada por indios cristianizados herederos de el incaico peruano o los descendientes de antiguas ciudades y naufragios castellanos; y emplazada en el centro de la Tierra del Fuego o en varias islas de un gran lago, y que pasaría a la posteridad como la ciudad de los Césares, bien como reminiscencia de su “descubridor” Francisco Cesar, o bien como afirman otras crónicas por haberse producido el descubrimiento reinando Carlos V de Alemania y I de España¹⁰ (<<Es tradición que en tiempo de Carlos V, por quien le dieron aquel nombre, ...>> (Teatro Crítico Universal, Benito Jerónimo Feijoo))

Otras versiones sobre su origen

Una vez asentado el mito del espejismo peruano en el folclore argentino y chileno, nuevas versiones se combinaron con la singladura de Francisco César. Naufragos perdidos entre los escollos del Cabo de Hornos¹¹ como los de las fracasadas flotas de Alcazaba y del Obispo de Plasencia; aventureros desamparados en los verdes herbazales de la Pampa y en las umbrías selvas sudamericanas, que un día tuvieron su hogar en las ahora ruinas de las abandonadas ciudades de Sarmiento de Gamboa y en Villarrica, Osorno y La Imperial antes de ser sometidas a sangre y fuego por los mapuches tras el desastre de Curalaba; a los que se añadían, indudablemente, los incas huidos de sus tierras tras el apresamiento de Atahualpa en Caxamarca¹⁸; fueron los habitantes de una escondida y magnífica ciudad ubicada a lo largo del paralelo 33. El mito proseguía su carrera de ensueño saltando de hombre en hombre dejando como tarjeta de visita en cada uno de ellos un vacío y una ansiedad que solo se podían curar recogiendo los bártulos y lanzándose a lo desconocido, a lo imposible, lo que Dios quisiera...

● Herederos del incaico

En 1535, Diego de Almagro¹², uno de los conquistadores del Perú, decidió partir hacia Chile en busca de un nuevo y fantástico imperio, similar al inca en riquezas y grandeza¹³. Como guía tomó prisionero a Pablo Inga²¹, hijo de Huayna Cápac, penúltimo gobernante del incanato, y medio hermano de Atahualpa, Huáscar y Manco Inca. Mientras se detenían en un valle llamado Quiriquiri (hoy la ciudad argentina de Santiago de Estero), se tramó una conjura para liberar al Inca Pablo por parte de la colonia militar de mitimaes chichas establecida por el Inca por esos lares para tener bien sujetos a los naturales de la comarca, ya que hacía relativamente poco tiempo que habían sido sojuzgados por el incanato. El complot fue descubierto y muchos de sus cabecillas fueron ajusticiados. Pero la leyenda nos relata que muchos de sus integrantes lograron escapar con grandes riquezas al sur de Argentina, donde fundaron una ciudad <<...los indios que estuvieron en esta provincia de mitimaes sacando oro y plata para el Inga los mató almagro y los que quedaron se fueron por este camino rreal del Inga hazia las espaldas de Chille a poblar con otros capitanes que estaban allá. Si queréis riqueza oro y plata y obejas de la tierra y mucha gente, valla que camino hallareis hasta un balle que se llama Diamante (...) se servían con plata y oro todo en los basos en que comían...>> (Información,

Juan Ramírez de Velasco, 1589). Este relato se mezcló con la huida de algunos contingentes del ejército inca que guardaban las fronteras con tierras chilenas y su migración a la tierra de “*los Césares*” debido al acoso constante de los mapuches y al vacío de poder ocasionado por el ajusticiamiento del Inca Atahualpa por los españoles en Caxamarca.

• **Las ciudades fantasma**

Los colonizadores españoles siempre fueron personas *non grata* en el territorio chileno, y especialmente en las zonas sureñas donde se estrellaron todas las tentativas de colonización primero provenientes del incaico, a quien después relevó la Corona Española en el siglo XVI, convirtiéndose las regiones limítrofes al río Bio-Bio en el llamado por algunos autores el Flandes americano por la cantidad de recursos empleados por España contra los araucanos y la escasez de avances y victorias. Una muestra de las convulsiones que azotaban esta tierra aconteció en 1598, cuando cansados los araucanos de los desmanes de los españoles y conscientes de que habían venido a sus tierras para quedarse desenterraron el hacha de guerra y al mando del gran toqui Pelantaro dieron su particular declaración de guerra emboscando a una columna comandada por el gobernador de Chile Martín Oñez de Loyola destinada a pacificarlos. Todos los hombres de la mesnada, incluido el gobernador, cayeron masacrados. Sin tardanza, la hueste mapuche aprovechó el desconcierto provocado por la muerte de Oñez de Loyola y en los años siguientes se dedicó a asediar y a devastar todas las ciudades españolas (Osorno, La Imperial, Villarrica,...) situadas al sur del río Bío-Bío, cuya población desesperada y considerándose abandonada por la metrópoli capitularon una tras otra su rendición.

Ya avanzado el siglo XVI, se realizó el primer intento serio de poblar el estrecho de Magallanes, como resultado de las correrías piratas protagonizadas por el inglés Francis Drake por los puertos españoles del Pacífico. La empresa le fue encomendada al navegante y erudito pontevedrés Pedro Sarmiento de Gamboa, hombre de gran experiencia y poseedor de amplios conocimientos náuticos. La expedición partió de El Callao en Marzo de 1579. En ese momento sería el virrey de Perú el interesado en conocer el estrecho, lo que delata la importancia geoestratégica que España le iba concediendo a este valioso paso (<<*No hay en el mundo un estrecho mejor que este*>> (Pigafetta)). De Gamboa navegó por el estrecho, reconoció numerosos accidentes geográficos, tomó posesión de la Tierra de Fuego, y a su vuelta a España solicitó ayuda real para iniciar la fundación de establecimientos australes. Felipe II aprobó la propuesta y el 12 de abril de 1584 se colocaban las primeras piedras de lo que iban a ser los fuertes de Niño de Jesús, en la costa norte de la entrada oriental, y Rey Don Felipe. Como los víveres no resultaban suficientes Sarmiento regreso a España en busca de ellos, pero en el camino cayó en manos de unos corsarios ingleses quienes le llevaron preso a Londres. Entretanto, los soldados que se quedaron en las ciudades magallánicas fueron muriendo poco a poco. Un marinero llamado Tomé Hernández recogido en enero de 1587 por Thomas Cavendish en la ciudad de San Felipe, sarcásticamente bautizada por el corsario como Puerto Hambre, y que había logrado escapar de su navío en Chile, confirmó que él era el único superviviente de las 400 personas que habían poblado el estrecho. Muchos le creyeron, pero otras suponían con razón que aún debían quedar náufragos en el estrecho, dando pábulo a todo tipo de rumores.

• **El hogar sudamericano de Escila y Caribdis**

Las traicioneras costas del brumoso estrecho de Magallanes fueron durante años cuna de leyendas e historias fantásticas. Estas se iniciaron como consecuencia del naufragio de varias expediciones que confiadas se adentraron en los dentados arrecifes que encierran este paso transoceánico. El primer grupo de náufragos que quedaron abandonados en el Estrecho fueron los hombres pertenecientes a la flota de Alcazaba. Tras las expediciones de Magallanes y Loaísa al estrecho que fue bautizado con el nombre del primero, la Corona prosiguió sus intentos por controlar esta importante vía de comunicación marítima entre los océanos Pacífico y Atlántico y las regiones colindantes. En junio de 1529, le fue concedida al cosmógrafo luso Simón de Alcazaba y Sotomayor la capitulación por la cual se le nombraba gobernador y adelantado de la recién creada gobernación de Nuevo León, que comprendía todas las tierras y provincias situadas al sur de la gobernación del capitán Francisco Pizarro, unas 200 leguas hacia el estrecho de Magallanes. Alcazaba partió de Sanlúcar de Barrameda en septiembre de 1534 con dos naves, la capitana Madre de Dios y la San Pedro. Un mes después en la boca del estrecho una fuerte tempestad les obliga a salir e invernar en el puerto de Lobos. Tras una incursión terrestre, muchos de los expedicionarios viendo la horrible esterilidad de las tierras que les rodeaban se insubordinan y asesinan a Alcazaba durante el curso del motín con fin de dedicarse a la pira-

tería. Sin embargo los fieles al portugués dominaron el complot, ejecutaron a sus cabecillas, y dejaron abandonados a su suerte en la costa a nutrido grupo de marineros. De los doscientos ochenta hombres enrolados en Sanlúcar, solo unos ochenta volvieron a pisar la península. El resto, muertos o perdidos en la inmensidad de la Tierra del Fuego.

Después del fiasco que resulto ser la expedición de Alcazaba, el monarca español capituló otra expedición en busca de la entrada a la especiería a través del estrecho magallánico con Francisco de Camargo, frotándose las manos con las ilusorias riquezas que se habían de repartir. Ante la imposibilidad de Francisco de realizar esta empresa, su hermano, el entonces obispo de Plasencia, don Gutierre de Vargas Carvajal, quien costeaba la expedición tomó la iniciativa y puso al frente de la armada a fray Francisco de la Rivera, un comendador de Burgos y lugarteniente de Camargo, al que se le transfirieron las capitulaciones. La expedición del obispo de Plasencia, conocida así por su financiador, se hizo a la vela desde Sevilla en el ocaso de 1539, avistando la entrada del estrecho el 20 de enero de 1540. A los dos días una tormenta destrozó la nave capitana y a otro navío, logrando salvarse 150 marineros refugiándose en las costas. El tercer barco, al mando de Gonzalo de Alvarado, tras intentar infructuosamente rescatar a los naufragos levó anclas rumbo a España, donde llegó tras una serie de avatares por costas africanas. En tanto, el barco de Camargo logró superar el estrecho y llegar a las costas peruanas donde transmitió la noticia de la pérdida de aquellos hombres. Las autoridades virreinales se preguntaron: ¿Cuál fue la suerte del comendador fray Francisco de Rivera y de los tripulantes de las dos naves naufragadas? Durante los siguientes años rumores provenientes de los rincones más escondidos de la Tierra de Fuego sobre ciudades fundadas por hombres blancos alimentaron la esperanza de los españoles, quienes enviaron varias expediciones humanitarias a la zona, ninguna de las cuales arrojó resultados concretos. El misterio sobre los naufragos pareció resolverse al fin cuando en 1563, dos desastrosos y envejecidos hombres llegaron a las puertas de la ciudad de Concepción, respondiendo a los nombres de Pedro de Oviedo y Antonio de Cobos. Decían ser marineros de la desaparecida flota del Obispo de Plasencia, quienes junto a muchos de sus compañeros lograron sobrevivir tras el naufragio de la nave capitana e internarse en tierra al mando de un tal Sebastián de Arguello, hasta llegar a un aldea indígena donde fueron recibidos con hostilidad y desconfianza. Con el tiempo castellanos e indígenas limaron sus diferencias llegando a coexistir de forma pacífica y armoniosa, cuyo principal exponente fuera el casamiento de algunos de los peninsulares con indias. Siguiendo el relato de los dos naufragos, ambos estuvieron involucrados en el asesinato de un soldado muy cercano a su jefe, lo que desencadenó su fuga. En su huida encontraron una de las míticas y riquísimas ciudades incas asentadas por esos lares tras la ejecución del Inca Atahualpa en Caxamarca: *“En el camino hacia Concepción pasaron por una población regida por un inca, la cual estaba situada a los 41° S. junto a una laguna con dos desagüeros, rica en oro, plata y piedras preciosas”*⁵. En dicho lugar, *«La tierra era muy fértil, y por la calle principal por donde los fueron llevando caminaron dos días poco a poco y vieron grande multitud de oficiales plateros, con obras de vasijas de plata gruesa y sutiles, y algunas piedras azules y verdes toscas que las engastaban»*.

Tardíamente se añadieron a este confuso historial de desastres y naufragios la presencia de flotas de naciones extranjeras por el estrecho de Magallanes y las costas chilenas, que según vagos rumores iban a expulsar a los españoles y a fundar sus propias colonias, tal y como sucedió con la tentativa de colonización holandesa de la costa chilena en 1643 por una expedición dirigida por Hendrick Brouwer y auspiciada por el gobernador de Pernambuco, Juan Mauricio de Nassau, y la Compañía holandesa de las Indias Occidentales, que acabó en polvo debido a la falta de provisiones y al roce con sus inicialmente aliados indios. Aunque la mayoría de habladurías estaban basadas en la presencia de filibusteros ingleses y holandeses (por ej: Francis Drake en 1578, Thomas Cavendish en 1587, Bartolomé Sharp en 1689) por aquellas aguas, éstas motivaron un mayor interés de las autoridades virreinales por aquellas despobladas comarcas, intentando hacer por medio de varias expediciones de exploración, patente el dominio de la Corona española sobre aquellas tierras australes.

El mito como áurea ciudad y su relación con otras regiones fabulosas novomundinas

El cronista-soldado de origen extremeño Cieza de León escribió en su obra “Crónica del Perú” los principales motivos que impulsaron a los conquistadores a dar un paso delante de otro: *«El conseguir oro es la única pretensión de los que vinimos de España a estas tierras»*. De las impenetrables selvas amazónicas al inhóspito desierto chileno de Atacama o los infecciosos pantanos de la Florida, los conquistadores castellanos siguieron esta máxima hasta el final, que en muchos casos fue una dolorosa muerte en unas tierras deja-

das de la mano de Dios; descubriendo las tierras de América en pos de mitos que hablaban de enormes tesoros acumulados en un lugar preciso y que harían feliz a su primer descubridor. Hubo casos en que la fortuna sonrió a estos doradistas: Hernán Cortés logró arramplar de la capital de los aztecas 700 kilos de oro y una cantidad similar en joyas y orfebrería; Jiménez de Quesada, el conquistador de las tierras de los chibchas – en la actual Colombia – logró reunir un gran botín, del que en el reparto cada soldado participante recibió 510 pesos de oro fino, 5 de oro bajo y 5 esmeraldas; sin olvidarnos de Francisco Pizarro, quien al apresar al inca Atahualpa, recibió como rescate una habitación entera hasta el techo de objetos de oro y plata, que tardaron en fundirse más de un mes. Oídas estas noticias, se desató una verdadera fiebre de oro entre los conquistadores, que no fue sino el único móvil de todas las empresas y descubrimientos. La evangelización y civilización de los indios, supuesto objetivo de las exploraciones, no era sino una justificación por las trope-lías cometidas entre los indígenas. La palabra de Cristo fue la luz de los misioneros – especialmente de los hijos de San Ignacio – pero el imán de los demás exploradores solo fue el ansia de riquezas rápidas: << *Substituyeron a una idolatría otra idolatría. Adoraban en algunas Provincias aquellos Bárbaros al Sol, y a la Luna. Los Españoles introdujeron la adoración del Oro, y la Plata...*>> (Teatro crítico universal, Benito Jerónimo Feijó y Montenegro)

La áurea ilusión siempre acompañó al presagio de América. Los primeros navegantes navegaban hacia oriente soñando con los tesoros de la isla Antilla, y de hecho los cebos para reclutarlos eran la seguridad de que en su destino iban a encontrar fácilmente numerosas riquezas << *La isla posee abundancia en oro y piedras preciosas. Sus templos y palacios reales están cubiertos por placas de oro.* >> (Paolo Toscanelli en una carta al portugués Fernando Martínez en 1474) Y entre estos ensueños e ilusiones, un tal Cristóbal Colón descubrió un Nuevo Mundo bajo patrocinio castellano, provocando que un autentico caudal de inconcebibles historias jamás igualadas por la fantasía humana inundara las tierras europeas deleitando los oídos de aventureros y comerciantes. La correspondencia cruzada entre las distintas autoridades laicas y eclesiásticas en aquellos años dan fe del asombro que produjeron: << *Ha regresado [Colón] trayendo muestras de muchas cosas preciosas, pero principalmente de oro, que crían naturalmente aquellas regiones...* >> decía el 14 de mayo de 1493 en Barcelona en una carta dirigida al caballero Juan Borromeo un tal Pedro Mártir, quien en otra carta dirigida al filólogo y anticuario italiano Pomponio Leto y fechada el 5 de diciembre de 1494, escribe: << *Cosa admirable, Pomponio. En la superficie de la tierra, cuentan pepitas de oro en bruto, nativas, de tanto peso, que no se atreve uno a decirlo. Han encontrado algunas de doscientas cincuenta onzas. Esperan encontrarlas mucho mayores, según lo indican los naturales por señas a los nuestros cuando conocen que estos estiman mucho el oro.* >> El 15 de Enero de 1495, el arzobispo de Granada, relataba que: << *De las antípodas cada día se refieren cosas más y más grandes (...) Del nuevo Mundo nuestro Almirante Colón ha traído muchas sartas de perlas orientales...*>> Y en el carro de las exageraciones, aparece la región venezolana de Cumaná, de la cual se afirmaba que: << *... también hallamos topacios en la playa, pero preocupados con el oro, no se fijan en estas joyas: solo al oro atienden, solo el oro buscan. Por eso la mayor parte de los españoles hacen burla de los que llevan anillos y piedras preciosas y motejan el llevarlas, en particular los plebeyos (...) El oro, las piedras preciosas, las joyas y demás cosas de esta clase que acá en Europa reputamos por riquezas, los naturales no las estiman en nada, antes bien las desprecian de todo punto y no hacen diligencias ninguna por tenerlas.* >> (Quatuor Americi Vesputii Navigationes, Primera navegación: De moribus ac eorum vivendi modis) No se podía presentar un paisaje mejor, repleto de grandes riquezas y a disposición del primero que llegara.

Por temor a que todas estas noticias exageradas hasta el límite acarrearán la despoblación de la Península, se llegaron a expedir cédulas a Galicia, Vizcaya y Guipúzcoa << *...para que no fuese ninguna persona a las Indias, sin licencia de sus altezas* >>. Sin embargo, no se pudo evitar que una autentica riada de aventureros pidiera licencia para embarcarse a las Indias. En 1525, un embajador veneciano (Viaggio fatto in Spagna) dejó consignada en su relación el asombro que le produjo ver que debido a la emigración novomundina la ciudad de Sevilla estaba casi en manos de las mujeres. El objetivo principal de los expedicionarios de las primeras décadas, en su mayoría jóvenes ambiciosos e inconformistas, era vivir sin trabajar ya que aducían que eran demasiados hidalgos para trabajar con las manos. Pero cuando a mediados del siglo XVI los conquistadores acabaron de chupar hasta la última onza de oro y plata acumulada pacientemente durante generaciones por los pueblos indígenas y se fue imponiendo un nuevo modelo de explotación económica de los recursos naturales, muchos de ellos se vieron en la pobreza, viviendo tan solo con lo puesto tras haber derrochado las riquezas del Inca en las mesas de juego y burdeles. Fue en este momento cuando, respondiendo a los deseos de los conquistadores, se cristalizaron muchos de las leyendas americanas basados en el oro y la

plata. Así amplias regiones inexploradas del continente se jalonaron de maravillosas ciudades y regiones repletas de tesoros: Eldorado, el Paitití, la Ciudad Encantada de los Césares,...

● Varias descripciones y alguna explicación

El breve relato de Francisco César fusionado con la incógnita Pampa dieron lugar a que pronto se hablara de una gran ciudad escondida por aquellas tierras, colmada de riquezas y gobernada por hombres blancos y habitada por indígenas cristianizados. Curiosamente se puede observar que paralelo al desarrollo de la geografía, cartografía y demás ciencias a lo largo de los siglos, la leyenda se iba exagerando aún más. La Ciudad de los Césares había pasado de ser un pueblo indígena que disfrutaba de un entorno paradisíaco y fértil en la orilla de un lago o río y que contaban con un alto grado de civilización en materias como la construcción y la metalurgia debido posiblemente a la influencia del incanato a constituir ya en los últimos versiones una gran ciudad fortificada <<...casi en la misma planta de Buenos Aires. >>, situada en las islas de una laguna; que contaba con grandes murallas y fosos, artillería y grandes casas; habitada por españoles inmortales que poseían oro, plata y ganado en abundancia,...; sin contar los relatos moldeados por el folclore chileno y argentino, que nos hablan de una o varias ciudades utópicas, invisibles o que se ocultan cuando las buscan los extraños, construidas literalmente con metales y piedras preciosas cuyos habitantes son inmortales y a los que no les afecta las necesidades comunes de cada día como el hambre o la enfermedad, y situadas en las islas de una gran laguna o en las versiones más disparatadas ubicadas bajo un lago y un volcán.

<<... y tiene alrededor otros cerrillos coloradas de vetas de oro muy fino (...) está otro río y cerro, llamado Diamantino, que tiene metales de plata y muchos diamantes.(...) En la otra banda de este río grande está la Ciudad de los Césares. Tiene hermosos edificios de templos y casas de piedra labrada y bien techados al modo de España (...) los indios son cristianos que han sido reducidos por los dichos españoles. A la parte del Norte y Poniente tienen a la cordillera Nevada donde trabajan muchos minerales de oro y plata y también cobre; por el Sudoeste y Poniente, hacia la cordillera, sus campos con estancias de muchos ganados mayores y menores, y muchas chacaras donde recogen con abundancia granos y hortalizas (...) A la parte del Sur, como dos leguas, está la mar, que los provee de pescado y marisco. >> (Derrotero de un viaje desde Buenos Aires a los Césares, por el Tandil y el Volcán, rumbo al Sudoeste, comunicado a la corte de Madrid, en 1707, por Silvestre Antonio de Roxas que vivió muchos años entre los indios Peguenches)

El autor, que seguramente no vio esto con sus propios ojos sino que lo escucho de boca de indígenas, nos recuerda al ya lejano eco emitido por la magnificencia de las ciudades incas: <<...de mejores edificios, y la fortaleza toda de piedra bien labrada, asentadas las piedras grandes de largo de cinco y seis palmos tan juntas, que no parece haber entre ellas mezcla... (...) en una casa fuerte, cercada de piedra y labrada de cantería, tan ancha la cerca como cualquier fortaleza de España, con sus puertas, que si en esa tierra hobiese los maestros y herramientas de España no pudiera ser mejor labrada la cerca (...) con mucha riqueza de oro y plata; que la casa donde está es el suelo y paredes y techo todo chapado de oro y plata, entretrejido uno con otro; y en la ciudad hay otras veinte casas las paredes chapadas de una hoja delgada de oro por de dentro y por de fuera.>> (Verdadera relación de la conquista del Perú, Francisco de Xerez) y la de sus recintos sacros: <<...una casa de plata, con seis vigas y tablazón bien gruesa (...) en el Cusco había casas del Sol que eran muy bien obradas en cantería y cerradas juntos a la techumbre de una plancha de oro de palmo y medio de ancho, lo mismo tenían por dentro en cada bohio y aposento... >> (Relación de la conquista y población de Perú, Cristóbal de Molina) << Entre otros templos famosos que en el Perú había dedicados al Sol, que en ornamento y riqueza de oro y plata podían competir con el de Cuzco, hubo uno en la isla llamada Titicaca (...) los Incas y todos los de su Imperio aquella isla por lugar sagrado, y así mandaron hacer en ella un riquísimo templo, todo aforrado con tablones de oro, (...) donde universalmente todas las provincias sujetas al Inca ofrecían cada año mucho oro y plata y piedras preciosas (...) De las ofrendas de oro y plata había tanta cantidad amontonada en la isla, fuera de que para el servicio del templo estaba labrado...>> (Capítulo XXV. Comentarios Reales. Inca Garcilaso de la Vega)

También podríamos encontrar una primitiva influencia en esta leyenda procedente del Libro de las Maravillas del veneciano Marco Polo, como ya he desarrollado más arriba. En este compendio de maravillas, se describen varias ciudades tan repletas de riquezas y portentos, que seguramente los conquistadores debieron llevarlas en su subconsciente. Por poner un ejemplo, en la descripción de la ciudad de Hangzhou narra: <<La ciudad de Hangzhou tiene un perímetro de cien millas y cuenta con doce mil puentes de piedra; bajo el arco de la mayoría de ellos podría pasar un gran barco (...) Y ello no es de extrañar, porque es una ciudad cons-

truida en el agua y de agua rodeada (...) Hacia el sur hay un lago de treinta millas de perímetro rodeado de hermosos edificios y casas de bella factura, pertenecientes a la nobleza. (...) En el medio del lago hay dos islas, cada una de las cuales cuenta con un hermoso y rico palacio, tan bien construido que parece el de un emperador. >>; y en la reseña sobre la isla de Cipango (Actual Japón), capítulo 155, relata que <<Allí se encuentra oro, del que tienen en abundancia (...) El palacio del señor de la isla es muy grande y está cubierto de oro, de la misma manera que nosotros cubrimos de plomo las iglesias. El interior de las estancias está forrado con una capa de oro de dos dedos de grosor, y lo mismo ocurre con las ventanas, paredes, salas y demás: su valor sería imposible de cuantificar. >>

Mientras el mito continuaba. Soldados, gobernadores y clérigos hilvanan la aventura, haciéndola más grande y más imposible: <<Añádese á esto lo que cuenta una cautiva, que llevada á muy distantes tierras, hácia el sud-oeste, encontró unas casas, y en ellas gente blanca y rubia (...) viendo que no les entendía palabra. Además los indios están continuamente diciendo, que hay tales poblaciones, y muchos de ellos convienen en que, en medio de una gran laguna hay una gran isla, y en ella desde la orilla se vé una gran población, en la cual descuella mucho una casa muy grande, que piensan ser iglesia; y que otra pequeña está siempre echando humo, y que desde la orilla se oyen tocar campanas: y dicen que desde el volcán...>> (Carta del Padre Jesuita José Cardiel... 1746) Poco a poco van apareciendo los elementos (habitantes diferentes a los indígenas y españoles, la isla en el lago, el sonido de las campanas, el volcán..) que conformarían las versiones populares tardías. También junto al deseo primerizo de conseguir riquezas, se une el de evangelizar a estos cristianos que han descuidado su fe: <<... pues si encontráramos españoles, estos, sin sacerdotes tantos años, estarán con muchos errores en la Fé y las costumbres...>> (Ídem) y el de defender los intereses geoestratégicos de aquella periferia del Imperio Español: <<...de gente holandesa, ó inglesa; que también dicen que se han perdido en el Estrecho navios holandeses. >> (Ídem)

Por esa misma época, en un capítulo de una carta del jesuita Pedro Lozano a su homónimo Juan Alzola, se añaden nuevos ingredientes al cocido de la leyenda <<... las cuales tres ciudades quiso llamar á una, y la mas populosa, los Hoyos, la otra el Muelle, y la tercera los Sauces. (...)No tienen otro metal que el de la plata, de que gozan en abundancia, y de él fabrican rejas de arado, cuchillos, ollas...>>

La semblanza final de la Ciudad de los Césares y sus habitantes en los últimos estertores de la leyenda nos la da el capitán graduado de Valdivia D. Ignacio Pinuer << Su situación está en una hermosa laguna, que tiene su principio del volcán de Osorno, y a quien igualmente dá agua otro volcán, que llaman de Guancqué (...) y en ella tienen los españoles muchas canoas para el ejercicio de la pesca, y para la comunicación de tres islas más pequeñas, que hay en medio de dicha laguna (...) la entrada de esta grande población ó ciudad, siendo la parte por donde se halla fortificado de un profundo foso de agua, y de un antemural rebelín; y últimamente de una muralla de piedra, pero baja. El foso tiene puente levadizo entre uno y otro muro: grandes y fuertes puertas; y un baluarte, en donde hacen centinela los soldados. Según los indios, el puente se levanta todas las noches. Las armas que usan son, lanzas, espadas y puñales, pero no he podido averiguar si son de fierro. Para defensa de la ciudad tienen artilleria (...) las mas de las casas son de pared y teja, las que se ven de afuera por su magnitud y grandeza. (...) para el menaje y adorno de sus casas, acostumbran plata labrada en abundancia. (...) dicen que solo se sientan en sus casas en asientos de oro y plata (...) Según exponen los indios, usan sombrero, chapa larga, calzones bombachos, y zapatos muy grandes. (...) son blancos, barba cerrada, y por lo común de estatura más que regular (...) eran inmortales, pues en aquella tierra no morían los españoles. >> (Relación de las noticias adquiridas sobre una ciudad grande de españoles..., capitán D. Ignacio Pinuer, 1774)

Una ciudad fortificada con artillería, murallas y fosos; sus habitantes son de tez clara y tienen barba, se visten a la moda española, etc.; y todo estas informaciones transmitidas de segunda mano por indios de los alrededores, que proclamaban ante los huesos de sus antepasados su honradez. Mientras las autoridades virreinales de Chile se mesaban las barbas especulando sobre como una población de tales dimensiones había podido escapar al escrutinio de la Corona española. La verdad era bien sencilla. No es que no se hubiera encontrado la Ciudad de los Césares, sino que ya se conocía desde hace más de dos siglos, aunque recibiendo diferentes nombres a lo largo del tiempo: primero fue la esplendorosa ciudad capitolina inca, Cuzco; luego ya vinieron en un estrecho margen cronológico las urbes españolas como Buenos Aires, Santiago de Estero, Córdoba,... Las informaciones que les llegaban a los españoles sobre grandes y magnificas ciudades habitadas por gente blanca vestida a la usanza occidental vía los indígenas no eran sino la pálida y distorsionada

por las tribus indias a través de las leguas de selva y desierto imagen de, primero las ciudades incas, y después de los establecimientos y colonias que los españoles habían ido fundando a lo largo del levante sudamericano. La inmortalidad de sus habitantes, la capacidad de la ciudad de volverse invisible,... fueron ingredientes *typical spanish*.

Aunque se puede decir que la leyenda murió con las últimas exploraciones en su busca, el folklore chileno y argentino fue capaz de fagocitar el mito y sus elementos y construir así nuevas versiones, las cuales aún se podían escuchar en la primera mitad del siglo XX por esas regiones:

<<“César” –así se llama – es una ciudad encantada. No es dado a ningún viajero descubrirla “aún cuando la ande pisando”. Una niebla espesa se interpone siempre entre ella y el viajero, y la corriente de los ríos que la bañan refluye para alejar las embarcaciones que se aproximan demasiado a ella. Solo al fin del mundo la ciudad se hará visible para convencer a los incrédulos que dudaron de su existencia. El pavimento de la ciudad es de plata y oro macizos. Una gran cruz de oro corona la torre de la iglesia. La campana que ésta posee es de tales dimensiones, que debajo de ella pueden instalarse cómodamente dos mesas de zapatería con todos sus útiles y herramientas. Si esa campana llegara a tocarse, su tañido se oiría en el mundo entero. Para mejor asegurar el secreto de la ciudad no se construyen lanchas ni buques ni ninguna clase de embarcaciones. El que una vez ha entrado en la ciudad, pierde el recuerdo del camino que a ella le condujo y no se le permite salir sino a condición de no revelar a nadie el secreto y de regresar cuanto antes a ella. Nada dice la leyenda del castigo impuesto a los violadores del sigilo, pero se supone que ha de ser terrible. >> (Chiloé y los Chilotes, Francisco Cavada, 1914) El folklore de Chiloé nos muestra ya la imagen final de la Ciudad de los Césares. Este relato muestra varios elementos bastante interesantes: la propiedad de invisibilidad de dicha urbe y la capacidad de borrar los recuerdos de los intrusos, como explicación al fracaso de numerosas expediciones armadas en su busca; la gran iglesia y el tañido de la campana, como símbolos de la universalidad de la Iglesia, que aún en los sitios más apartados pose fieles; la influencia del difuso espejismo de el templo incaico del Títicaca, con sus islas y los templos del sol y la luna, manifestándose en la descripción del pavimento de oro y plata, la gran cruz de oro, etc. Hay que resaltar también la alta carga apocalíptica que contiene este texto con la mención de que solo será se hará visible a los incrédulos con el fin del mundo, equiparando la Ciudad de los Césares con la Nueva Jerusalén, la hipotética capital desde la que Dios gobernara su Reino de los Cielos, la nueva tierra creada tras el Apocalipsis y el Juicio Final, y habitada por cristianos inmortales. <<Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado y el mar ya no existía más. Y yo, Juan, vi la santa ciudad la nueva Jerusalén, descender del cielo, de parte de Dios, ataviada como una esposa hermosea para su esposo. (...) Tenía la gloria de Dios y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal. Tenía un muro grande y alto, con doce puertas (...) El muro de la ciudad tenía doce cimientos (...) La ciudad se halla establecida como un cuadrado: su longitud es igual a su anchura. (...) El material de su muro era de jaspe, pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio. Los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda clase de piedras preciosas. (...) Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla. Y la calle de la ciudad era de oro puro, como vidrio transparente. >> (Apocalipsis, XXI, 1-21)

y según una tradición araucana, que merecería ser considerada como otro mito aparte, la Ciudad de los Césares se sitúa <<Debajo del volcán Lanín y del lago Tromen, hay tres caminos que se apartan, semejando dedos, por lo cual se llama Kila Changell (tres dedos). Un extenso país subterráneo se halla bajo el volcán donde habitan seres humanos que nadie ha logrado conocer. Este mundo tiene una entrada desconocida en la montaña. Sus casas son de oro y plata y reina un total contento.>> Este mito seguramente guarda relación con los legendarios túneles incas, de los que las leyendas contaban que iniciados desde Cuzco, el centro neurálgico del Imperio Inca, se ramificaban y conectaban con los cuatro extremos del incanato albergando fabulosas urbes en su interior. ¿Quién da más?

● **A imagen y semejanza de otras regiones fabulosas**

Construida con oro y plata y repleta y hasta los topes de riquezas fáciles, ubicada en un entorno inaccesible y paradisiaco, en cuya fundación ha participado el incanato o alguna nación europea, habitada por indígenas cristianizados son características que no pueden ser consideradas patrimonio exclusivo de la Ciudad Encantada de los Césares. El Dorado, el Paititi,...son mitos que permanecieron en el subconsciente de los conquistadores durante generaciones y que compartieron también en menor o mayor grado estos atributos.

El oro, la plata, las piedras preciosas y demás riquezas fueron el denominador común de todos estos relatos, siendo el eje vertebral por el que se originaban las expediciones en busca de estas regiones maravillosas, ya que se conjeturaba con que las riquezas de esas tierras fueran tan abundantes que se llegaran a utilizar en sustitución de metales comunes como el hierro o incluso de la piedra, edificándose viviendas y edificios públicos con ellas. Así del Dorado, el mito americano de la región áurea por excelencia, se decía del gobernante de este ficticio imperio: <<...*En aquella laguna de Guatavita se hacía una gran balsa de juncos, y aderezábanla lo más vistoso que podían... A este tiempo estaba toda la laguna coronada de indios y encendida por toda la circunferencia, los indios e indias todos coronados de oro, plumas y chagualas... Desnudaban al heredero (...) y lo untaban con una liga pegajosa, y rociaban todo con oro en polvo, de manera que iba todo cubierto de ese metal. Metíanlo en la balsa, en la cual iba parado, y a los pies le ponían un gran montón de oro y esmeraldas para que ofreciese a su dios. (...) Hacía el indio dorado su ofrecimiento echando todo el oro y esmeraldas que llevaba a los pies en medio de la laguna, seguíanse luego los demás caciques que le acompañaban.*>> (El carnero, Juan Rodríguez Freyle); de la capital del Paititi, el difuso imperio existente entre Brasil y el extinto incanato, corrían entre los conquistadores descripciones como esta: << *En medio de la laguna se formaba / Una isla de edificios fabricada. / Con tal belleza i tanta hermosura, / Que exceden a la humana compostura. / Una casa el señor tenía labrada / De piedra blanca toda hasta el techo, / Con dos torres mui altas a la entrada, / Havía del uno al otra muy poco trecho, / Y estaban en medio dellas una grada / Y un poste en la mitad Della derecha / (...) / Encima de este poste i gran coluna / Que de alto veinticinco pies tenía, / De plata estaba puesta una gran Luna, / Que ento da la laguna relucía / (...) / Pasadas estas dos torres se formaba / Una pequeña plaça bien cuadrada / Del invierno y verano fresca estaba / Que de árboles está toda poblada / Las cuales una fuente los regaba / Que en medio de la Plaça está situada / Con cuatro caños de oro, gruesos, bellos. / En extremo la plata relucía / Mostrando su fineça y hermosura.* >> (La Argentina, Martín del Barco Centenera); y según rumores los habitantes de la Ciudad de los Cesares << *No tienen otro metal que el de la plata, de que gozan en abundancia, y de él fabrican rejas de arado, cuchillos, ollas...*>> (Carta del P. Pedro Lozano al P. Juan Alzola, sobre los Césares...). Asimismo, en el mito de las siete ciudades del Cíbola, las narraciones de los indígenas hablaban de que: <<...*en esta provincia hay siete ciudades muy grandes, todas debajo de un señor, y de casas de piedra y de cal, grandes; las más pequeñas, de un sobrado con una azotea encima, y otras de dos y tres sobrados, y la del señor de cuatro, todas juntas por su orden; y en las portadas de las casas principales muchas labores de piedras turquesas, de las cuales hay en abundancia. (...) todos turquesas colgadas de las orejas y de las narices, finas y buenas, y dicen que de ellas están hechas las puertas principales de Cíbola.* >> (Relación de fray Marcos de Niza, Colección de documentos inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y organización...)

En muchas de las versiones de estas leyendas, las míticas regiones y ciudades tienen como participantes en su fundación, bien al incanato (el Paititi, el Dorado,...), bien a naciones europeas cristianas (Las siete ciudades de Cíbola), bien a la acción conjunta de los anteriores (La Ciudad Encantada de los Césares).

El difuso espejismo del lago Titicaca, con sus islas y el palacio del inca, los templos del sol y la luna, todo ello entremezclado con detalles de ciudades incas originaron que muchas de las versiones sobre las leyendas áureas especificaran su ubicación en una isla o en las orillas de una gran laguna. Convendría también resaltar la importancia religiosa y ceremonial que cumplían los lagos en las culturas precolombinas; así según la mitología muisca, Buchué, la engendradora de los hombres, sale de la laguna de Sogamoso o Tota y en sus aguas se sumerge para desaparecer después de realizar la obra creadora; y en la inca, el lago Titicaca ejercía un importante papel, ya que fue el lugar donde emergió el Viracocha, el Prometeo incaico. Así el ritual chibcha que dio origen al Dorado fue pronto situado en una laguna, tal y nos informa Juan Rodríguez Freyle en su obra El carnero: <<...*En aquella laguna de Guatavita se hacía una gran balsa de juncos*>>; asimismo la ciudad de Paitití, el reflejo de Eldorado proyectado en la zona fronteriza entre Brasil y Bolivia, repetía el mismo escenario: << *En una gran laguna, este habitaba, / Entorno de la qual están poblados,...*>>(La argentina, Martín del Barco Centenera). Igualmente la Ciudad Encantada de los Césares siguiendo la tradición: <<*Su situación está en una hermosa laguna...*>> (Relación de las noticias adquiridas sobre una ciudad grande de españoles..., capitán D. Ignacio Pinuer,)

El mito como ciudad utópica

A lo largo de nuestra historia, los seres humanos siempre hemos buscado la utopía de la sociedad ideal. Un lugar inalcanzable, quimérico y fantástico; donde el bienestar de los seres humanos, tanto físico como intelectual encontraba su máxima expresión; la ausencia de guerras, enfermedades y hambrunas; la felicidad, la prosperidad y la inmortalidad aparecían como un objetivo al alcance de todos; la envidia, las preocupaciones y los malos sentimientos quedan desterrados. Podemos rastrear su influencia ya desde la Grecia Clásica, donde ya el famoso filósofo Platón¹ (Siglo V A.C) defendía en sus Diálogos la existencia de la Atlántida; pasando por muchos de los espacios del más allá donde iban a reposar los fieles de una determinada religión después de la muerte terrenal, sea el caso de las Campos Elíseos grecorromanos² o los Paraísos o “Cielos” cristianos e islámicos; pasando por las concebidas por pensadores como San Agustín de Hipona³ en el siglo V de nuestra era, quien imaginó a una sociedad cristiana modelo en su obra La ciudad de Dios; la diseñada por Tomás Moro⁴ en su obra Utopía o ya entrando en el siglo XX la sociedad del proletariado planteada por el alemán Karl Marx.⁵

En el fondo, la búsqueda de estas utopías simboliza la esperanza y el deseo de los seres humanos en la existencia de una realidad futura alejada de las penurias y problemas de la vida cotidiana, tales como la muerte o la pobreza. Estos ideales estuvieron muy presentes durante la colonización española de las Indias. Ya durante las primeras décadas al descubrimiento del Nuevo Mundo, los relatos de los cronistas de las Indias como Pedro Mártir de Anglería reflejan el asombro que les produjo ver el estado natural en el que vivían los aborígenes novomundinos, destacando la ausencia del concepto de propiedad, su docilidad, su inocencia y pureza frente a las costumbres corruptas de los españoles, y su absoluta generosidad; de lo que se hace eco Colón en sus escritos: <<En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad>> o <<Ellos no traen armas ni las conocen porque les amostré espadas y las tomaban por el filo y se cortaban con ignorancia>>. Todas estas referencias originaron que se empezara a hablar del “buen indio”, quien se convirtió en el prototipo de los valores del cristianismo original y por tanto más auténtico, futuro germen de las llamadas utopías cristianas americanas como la construcción de los hospitales-pueblos para indígenas por el obispo de Michoacán Vasco de Quiroga siguiendo los preceptos de la Utopía de Thomas More o ya en el siglo XVII, las reducciones jesuitas en el Paraguay. Otro tipo de utopías novomundinas creadas a la sombra de las exuberantes e ignotas tierras americanas fueron las ciudades doradas, símbolo para los conquistadores de la perfección y felicidad reinantes en estas tierras que su contrario español les había negado. Para ellos, España era un nuevo Averno que les sometía a la persecución y la indigencia, por lo que América se les aparecía como una realidad que debía borrar de sus recuerdos la situación odiosa en que se había transformado su vida. El conquistador oñatense, doradista y rebelde a la Corona española Lope de Aguirre manifiesta este sueño en un futuro mejor: <<Vamos al Dorado, donde siempre es primavera y hay mucha población y mucho orden en las costumbres, de modo que allí tendréis una vida mejor. >> Las distintas leyendas y rumores sobre La Ciudad Encantada de los Césares no pueden librarse a esta influencia, reconociéndose en las descripciones sobre dicha ciudad muchos elementos utópicos.

Las utopías se suelen ubicar, geográficamente hablando, en lugares muy distantes y poco conocidos para los lectores, cuando no en lugares míticos o simplemente inventados. Así el Paraíso bíblico se situó en el extremo oriental del mundo; la Atlántida del griego Platón se ubicó en el mar Atlántico, *Terra Incógnita* para las redes comerciales de la época; la Utopía de Thomas More, haciendo honor a su nombre, se establecía en un lugar totalmente imaginado; Tommaso Campanella emplaza a la quimera de su obra La imaginaria ciudad del sol cerca de la isla mítica asiática Taprobana. Igualmente la Ciudad de los Césares se sitúa en las regiones australes de América, un territorio desconocido y hostil para los españoles.

Las utopías por lo general se ambientan en ciudades, a las que describen como urbes edificadas siguiendo un plano geométrico, simétrico y ordenado y en las que la construcción de los edificios privados y públicos ha alcanzado el cenit de la perfección, como es el caso de la Nueva Jerusalén, la capital del Reino de los Cielos: <<Tenía un muro grande y alto, con doce puertas (...) El muro de la ciudad tenía doce cimientos (...) La ciudad se halla establecida como un cuadrado: su longitud es igual a su anchura. (...) El material de su muro era de jaspe, pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio. Los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda clase de piedras preciosas. >> (Apocalipsis, XXI, 1-21) El humanista inglés Thomas More, en su obra Utopía, nos ofrece descripciones como éstas: <<La ciudad de Amaurota está asentada sobre la ladera de una colina no muy alta y su forma es casi cuadrada (...) Ciñe la ciudad una alta y recia muralla de piedra con muchas torres y bastiones. Un foso seco, ancho y profundo, lleno de zarzas, circunda la muralla por tres lados (...) Las calles de la ciudad han sido arregladas de modo que son

muy cómodas para transitar por ellas; son además muy hermosas y están al abrigo de los vientos. Las casas son bellísimas, y están juntas, sin separación alguna, formando una larga hilera en el lado de la calle. >> Por otra parte, la Ciudad Encantada de los Césares: <<*Tiene hermosos edificios de templos y casas de piedra labrada y bien techados...*>> (Derrotero de un viaje desde Buenos Aires a los Césares, por el Tandil y el Volcán,...) o en una versión popular: <<*El pavimento de la ciudad es de plata y oro macizos. Una gran cruz de oro corona la torre de la iglesia.*>> .

La característica principal de las utopías es su ubicación en entornos paradisiacos, en los que sus habitantes no sufren el hambre, la pobreza o las enfermedades porque la tierra donde viven les provee de todo lo que necesitan. Por ejemplo la Atlántida platoniana nos presenta un cuadro idílico: <<*...la isla misma proporcionó la mayoría de lo que fue requerido para las necesidades de la vida. En primer lugar, cavaron la tierra que era sólida para buscar allí lo que podía dar, y que ahora es solamente un nombre y era entonces algo más que un nombre, oricalcum, que era extraído en muchas partes de la isla, siendo más precioso en esos días que cualquier cosa excepto el oro. Había abundancia de madera para el trabajo de los carpinteros, y suficiente alimento para los animales domésticos y salvajes.(...)También crecían y prosperaban en esa tierra las cosas más fragantes que ahora hay en la tierra, ya fuesen raíces, o hierbas, o maderas, o esencias que destilan de la fruta y de la flor.*>> (Platón, Critias) Abundancia de grandes riquezas, como el oricalcum; tierras ubérrimas y muy productivas; raudales de recursos naturales,... Como resultado, nadie sufre la pobreza ni el hambre. Como complemento el monje italiano Tommaso Campanella del siglo XVI narra en su obra La imaginaria ciudad del sol como los habitantes de su imaginaria isla no sufren enfermedades, y además disponen de un tratamiento rejuvenecedor <<*Entre ellos no existe la gota (ni la de los pies ni la de las manos), los catarros, la ciática, los cólicos, las inflamaciones ni las flatulencias, (...)Conocen además un secreto que sin dolores y mediante procedimientos suaves y admirables renueva la vida cada siete años.*>> Las descripciones de la leyenda latinoamericana de la Ciudad Encantada de los Césares recogen todos estos atributos, desfigurándolos y exagerándolos: así una versión popular de la leyenda la describe de esta forma <<*...todo en ella es oro, plata y piedras preciosas. Nada puede igualar a la felicidad de sus habitantes, que no tienen que trabajar para subvenir a las necesidades de la vida, ni están sujetos a las miserias y dolores que afligen al común de los mortales.*>> (Mitos y supersticiones, Juan Vicuña Cifuentes, 1915); y una relación del año 1774, señala que de los habitantes de dicha ciudad son <<*...inmortales, pues en aquella tierra no morían los españoles.*>> ¿Quién no ha anhelado que el despertador no sonase a las siete de la mañana para iniciar una jornada de extenuante trabajo? ¿Quién no ha deseado no tener que depender de necesidades tan fastidiosas como el hambre o la escasez de dinero en el bolsillo? ¿Quién no ha rogado que una enfermedad o la vejez no se llevaran a un familiar? ¿Quién...? Pág.

En su búsqueda

Desde el principio la fabulosa Ciudad Encantada de los Césares cautivó la imaginación de los hispanos que moraban en Río de la Plata, Tucumán o Chile, lugares tradicionales desde donde iniciaron su singladura muchas de las expediciones enviadas a la cacería de esta mítica ciudad, que empezó a ser nombrada y confundida con diversos apelativos de otras tierras: Linlín, Trapalanda o Trapananda, La Sal, Conlara o Yúngulo, tal y como queda consignado en varias crónicas y relaciones: <<*...Había una provincia muy poblada de gente rica de oro y plata llamada Júngulo, que juzga ser la misma que el Río de la Plata llaman los Césares*>>. (Diego de Rojas)

Pero no todas las expediciones perseguían los mismos objetivos ni tenían la misma percepción sobre la ciudad de los Césares: en el primer siglo de la colonización de las Indias, los cazadores de esta mítica ciudad o región eran reclutados con el cebo de encontrar grandes riquezas en su destino, imaginándose a la ciudad de los Césares como un replica de Cuzco; más tarde, en el siglo XVI, tras los naufragios acaecidos en las aguas del Estrecho magallánico y la destrucción y abandono de varios establecimientos españoles en la Patagonia, los Césares se identificaron con los naufragos magallánicos y con los habitantes de las ciudades destruidas y con sus hipotéticos descendientes, por lo que las sucesivas expediciones se orientarían a su rescate y socorro, fin que se fusionaría posteriormente con el intento de evangelización de esas regiones por las ordenes jesuita y franciscana. Otro objetivo que acompañaría a estas expediciones sería el geoestratégico, motivado por la presencia de filibusteros extranjeros por aguas chilenas, lo que obligó a los virreyes a tomar partido y hacer presente el poder de España en aquella periferia del Imperio Español. Veamos ahora los protagonistas de las principales expediciones:

● Por el lucro personal

El oro, la plata y demás riquezas fueron durante décadas los imanes por los que el aparato logístico, militar y económico que supuso la conquista de las Indias comenzó su andadura. Ya desde la búsqueda de la fabulosa isla Antilla, el principal cebo utilizado en el reclutamiento de hombres para estas empresas era la promesa de que en su destino encontrarían riquezas fáciles. La Ciudad Encantada de los Césares no es una excepción, por lo que las primeras informaciones que tenemos sobre ella nos la describen poblada de metales preciosos, razón por la que se formaron numerosas expediciones en su busca ya desde una fecha tan temprana como 1535, cuando el extremeño Diego de Almagro, nombrado por Carlos V adelantado de los territorios del actual Chile, alentado por informaciones de los incas respecto a la existencia de un imperio situado al sur de Cuzco que superaría en magnificencia al incanato arma una impresionante expedición para su conquista. El sueño de un reino con botines como el de Caxamarca se desvanecería ante las abruptas montañas, la esterilidad de los desiertos, la fila de hombres muertos al margen de los caminos y la oposición de los nativos. Ese mismo año, la huida hacia regiones australes de numerosos mitimaes ubicados en la actual provincia de Santiago de Estero tras fracasar su intento de rescate del Inca Pablo Inga de manos de los españoles, y que con posterioridad fundarían una hermosa ciudad <<...rica en oro, plata y piedras preciosas (...) grande multitud de oficiales plateros, con obras de vasijas de plata gruesa y sutiles, y algunas piedras azules y verdes toscas que las engastaban>>.

Diez años más tarde, en 1543, por orden del gobernador de Perú Cabeza de Vaca, el conquistador y explorador de origen burgales Diego de Rojas acomete la búsqueda <<...que entre la provincia de Chile y el nacimiento del río grande que llaman de La Plata, ay una provincia (...) que diz que es muy poblada y rica...>> desde Perú al mando de doscientos hombres. Explora la mayor parte de la actual provincia de Santiago de Estero, muriendo un año después en un enfrentamiento con los juríes en el que es alcanzado por una flecha envenenada sin haber alcanzado el objetivo encomendado. Dos décadas después, en 1562, el conquistador nacido en la población pucelana de Medina de Rioseco y corregidor de Santiago Juan Jufré protagonizaría otra entrada bajo los auspicios del gobernador de Chile Francisco de Villagrá por la comarca argentina de Cuyo, donde fundaría las ciudades de San Juan y Mendoza. Desde esta base de operaciones, despacha a dos expediciones a explorar las tierras adyacentes: una hacia el sur, con el fin de realizar pesquisas sobre los Césares, Trapalanda y Lin Lin y otra a la provincia de Conlara (San Luis). A su vuelta sólo trajeron como fruto de leguas de caminata vagos rumores sobre una población indígena del sur, la cual estaba poblada de oro y plata y habitada también por españoles, quienes vivían pacíficamente con los aborígenes con cuyas mujeres habían formado familias. Idéntico relato al que contarían aquel mismo año dos supuestos naufragos de la flota del obispo de Plasencia ante las autoridades de Concepción. La fascinación que las fortunas cesáreas provocaban en las mentes españolas provocaría que a lo largo de lo que restaba del siglo XVI, varias serían las empresas que irían al descubrimiento de los Césares, destacando la protagonizada en 1579 desde Tucumán por el gobernador Gonzalo de Abreu al frente de 60 hombres, que acabaría en polvo por la falta de víveres; y la efectuada tres años más tarde por el capitán salmantino Lorenzo Bernal del Castillo al encuentro de unas fabulosas minas de plata y que contaría con el beneplácito del gobernador de Chile.

● Socorro y evangelización

Los españoles partícipes del encontronazo de las flotas de Simón de Alcazaba y del obispo de Plasencia con las aguas del Estrecho de Magallanes, resuelto en desastre en 1535 y 1540 respectivamente, el abandono de las ciudades de Sarmiento de Gamboa en 1587, y la destrucción de los establecimientos españoles al sur del río Bio-Bio excepto Concepción tras el alzamiento mapuche de 1598 y sus factibles descendientes perdidos en la Patagonia fueron durante siglos identificados con los fantasmagóricos Césares. Conocidas estas catástrofes en los virreinos novomundinos, fueron varias las expediciones que se organizaron con fin de socorrerlos, de las que destacamos cuatro:

La primera de ellas fue efectuada en 1604 por el criollo Hernando Arias de Saavedra, conocido como Hermandarias y gobernador de Asunción para más datos. Marcándose como objetivo encontrar a los españoles naufragos y a sus vástagos quienes según habladurías estarían establecidos en el litoral atlántico o en zonas próximas a los Andes, partió de la capital de su gobernación capitaneando a doscientos hombres. Llegó a la altura del Río Negro, pero la gran cantidad de bajas provocadas por las constantes escaramuzas con los indígenas y la aridez de resultados le obligaron a rehacer sus pasos. Pasarían varios años hasta que en 1621 Diego Flores de León emprenda un viaje desde Castro intentando encontrar por una parte a los hombres de fray

Francisco de la Rivera abandonados en el estrecho ochenta años antes y a los pobladores de las ciudades de Sarmiento de Gamboa. Compartiendo los mismos objetivos que la anterior la tercera expedición y una de las más ostentosas por la cantidad de integrantes, partió en 1622 desde Córdoba, ciudad fundada por su abuelo, Gerónimo Luis de Cabrera a la cabeza de 400 hombres, 200 carretas que trasportaban todos los bastimentos necesarios para fundar poblaciones y 6000 cabezas de ganado. Tras una serie de asombrosas peripecias, los hombres de Cabrera llegan a un andurrial lleno de árboles frutales europeos entre los que se asomaban antiguos edificios y herramientas de factura europea conocido por los indios como *ciudad de los árboles*. Aunque en la realidad se tratara de una antigua hacienda de los pobladores de Osorno y Villarrica, los alborozados expedicionarios creen haber descubierto la ciudad de los Césares. Continúan hasta el río Negro, donde son sorprendidos por una rebelión puelche que les obliga a regresar. Uno de los últimos personajes que protagonizó este tipo de empresas fue un entusiasta de la ciudad de los Césares, el capitán de Valdivia Ignacio Pinuer, quien debido a la fluida relación que tenía con los indígenas de los alrededores pudo enviar en 1774 a la corte de Madrid una sesuda memoria sobre la ciudad cesárea, en la que defendía que sus habitantes eran descendientes de los habitantes de Osorno que huyeron tras el desastre de Curalaba perseguidos por los mapuches y que más tarde habrían fundado una gran urbe fortificada en las islas de una laguna. Sus gestiones solicitando una intervención militar en aquellas villas ocultas dieron resultado y cuatro años después le fue concedido el mando de una compañía de 80 soldados para descubrir a los Césares en las cercanías de la laguna de Pegeyë, empresa de la que sólo quedó como consecuencia la edificación del fuerte de la Concepción a orillas del río Bueno. Una vez más los césares habían burlado a sus cazadores.

La Iglesia jugó un papel fundamental en el Nuevo Mundo desde el primer momento. No hay que olvidar que junto al enriquecimiento, la <<...*fundación y dilatación de la universal iglesia y culto divino*>> en palabras de Las Casas fueron los dos motivos que impulsaron la conquista novomundina. Esa ansia de extender la fe cristiana fue el aliento que impulsó a numerosas órdenes religiosas a asumir la formación de futuros catequistas y a propagar el cristianismo aún a costa de su vida en el Nuevo Mundo. Durante la etapa colonial en Chile, fueron principalmente las órdenes fundadas por San Ignacio de Loyola y por San Francisco las que aceptarían el reto que suponía la evangelización indígena y que a la larga protagonizaron con la cruz en la mano algunas de las más páginas más apasionantes de la Ciudad Encantada de los Césares. Brillan con luz propia dos misioneros con un siglo de diferencia entre ellos, el jesuita Nicolás Mascardi y el franciscano Francisco Menéndez, quienes buscaron a los Césares con ánimo de devolverles a la viña del señor <<... *pues si encontráramos españoles, estos, sin sacerdotes tantos años, estarán con muchos errores en la Fé y las costumbres...*>> (Carta del Padre Jesuita José Cardiel... 1746). Con este propósito el religioso jesuita oriundo de Genova Nicolás Mascardi partió de Chiloé a fines de 1670 guiado por una “princesa” india llamada Huanguelé. Desde el lago Nahuelhuapi despachó con los indios cartas escritas en castellano, latín, griego, italiano, araucano, puelche y poya a los señores españoles establecidos al sur de la laguna. En contestación los indígenas le trajeron varios objetos de factura europea. Esto sirvió de aliento para el misionero, quien a partir de entonces efectuaría una intensa actividad misionera por la Patagonia tomando como punto de partida la misión que él mismo había fundado a orillas de lago Nahuelhuapi. Recorrió en varias ocasiones esta región aquella región desde el océano Pacífico hasta el Atlántico y a hollar cabo Vírgenes. En su último viaje, la máxima de misioneros y jesuitas “*morir por Cristo*” cobró su verdadero significado cuando fue asesinado por indios poyas en diciembre de 1673 o en enero de 1674.

Tras la expulsión de los hijos de San Ignacio de las posesiones españolas en 1767, todo su patrimonio fue entregado a otras órdenes religiosas más acordes con el poder civil quienes se limitaron a seguir la senda marcada por sus precedentes en el cargo en temas como la evangelización y enseñanza indígenas. Cinco años después del éxodo impuesto a los jesuitas, arribaban a Chiloé el padre de origen asturiano Francisco Menéndez y catorce hermanos más con objeto de ocuparse de las misiones de la zona. Al poco de llegar el asturiano queda enamorado por los rumores sobre la rica y encantada ciudad de los Césares dando lugar a que sus posteriores expediciones por el continente tuvieran un fin dual: por una parte evangelizar a los *indios gentiles* y por otro descubrir a los Césares, aunque ambos objetivos acabaron solapándose. Andariego como pocos, el religioso realizaría cuatro viajes entre 1779 y 1786 por las zonas australes, de los que solo sacaría en claro el descubrimiento y reanudación del olvidado camino de Vuriloche, vía utilizada por Mascardi y los jesuitas para llegar a la misión de Nahuelhuapi. Entusiasmado y creyendo estar cada vez más cerca de su objetivo el fraile no se desanima y prosigue la búsqueda de una ciudad llena de oro y habitada por hombres rubios, efectuando dos recorridos más entre 1791 y 1793 en los que llega por fin a la antigua misión de Mascardi, a la que reconstruye y la convierte en su base de operaciones. Allí los nativos le rebela-

ron que a orillas de un río que nacía de Nahuel Huapi (el Negro) a mucha distancia existía una ciudad llamada Chico Buenos Aires, con campanas, viviendas y numerosos aucahuincas (supuestos mestizos de españoles y araucanos), que vestían calzones blancos y amasaban pan. Por último, el cacique que da estos datos añade que su caudillo se llamaba Basilio. El fraile escucha arrobado los datos a los que ha dedicado más de veinte años de su vida, pero en su avance hacia la ciudad de los Césares es obligado a volver por el cacique Chuliquín. Nos podemos imaginar a un ya anciano Menéndez, quien desilusionado por no haber cumplido el objetivo al que había consagrado su vida no promueve más expediciones por lo infructuoso de su búsqueda. Lo que el fraile quizá no llegó a conocer es que la ciudad a la que se refería el cacique, que él identificó con la de los Césares, era la ciudad de Carmen de Patagones fundada en 1779 y que el cacique Basilio era en realidad Basilio Villarino, quien por orden real había realizado una exploración del río Negro en 1782.

● **El viejo león hispano se escuda**

Otro tipo de expediciones que merecen ser reseñadas y que fueron las que en definitiva dieron el mazazo final contra la credibilidad de la ciudad encantada de los Césares como un lugar real fueron las emprendidas desde mediados del siglo XVII hasta finales del XVIII por los canales patagónicos bajo financiación de las autoridades virreinales. Ya desde el último cuarto del siglo XVI con las correrías del celeberrimo anglosajón Francis Drake y España inmersa en una espiral de conflictos internacionales por sostener aquel imperio donde nunca se ponía el sol que le generaron no pocos enemigos, las aguas chilenas habían visto atropellada su espuma por la proas de los saqueadores del mar: filibusteros, piratas, corsarios, tangomangos o pichilingues... quienes a sueldo de la corona inglesa u holandesa o bien por cuenta propia encontraron en esta casi despoblada tierra numerosos escondrijos excelentes para descansar, reponer víveres y calafatear sus barcos dañados tras su paso por el Estrecho de Magallanes antes de continuar hacia el norte donde se dedicaban a asaltar, rapiñar y destruir las ricas ciudades costeras españolas del Pacífico, cuando no intentaban directamente someter estas regiones, tal y como sucedió con la tentativa de colonización holandesa de la costa chilena encabezada por el almirante neerlandés Hendrick Brouwer en 1643 y que acabó en descalabro cuando las vituallas empezaron a escasear y su inicial alianza con los mapuches se trocó en abierta hostilidad. Todas estas idas y venidas generaron numerosos comentarios entre los nativos, rumores sobre hombres de lengua y apariencia extranjera que pronto llegarían a los oídos de las autoridades, quienes desenterrando de sus recuerdos las cuentas de sus abuelos identificaron a esta <<... gente blanca y rubia...>> con los fantasmagóricos césares. Esto provocaría que por razones geoestratégicas varias serían las expediciones que se organizaron, teniendo consigo dos propósitos: el de descubrir a los rubios Césares, asimilados ya con piratas y filibusteros extranjeros, y el de conocer de una manera científica y seria esas regiones.

De entre todas estas empresas, sobresalen las travesías realizadas entre 1674 y 1676 por Bartolomé Diez Gallardo desde Castro, quien tuvo el honor de haber sido el primer hombre blanco en llegar a laguna San Rafael, y Antonio de Vea, quien partiendo desde El Callao llegó a la altura del istmo de Ofqui; las emprendidas a lo largo del siglo XVIII por el misionero jesuita José García (1766-1767), en las que recorrió casi dos mil kilómetros en canoa acompañado por indios chonos hasta el archipiélago de Guayaneco y de las que dejó como testimonio un notable informe; las exploraciones emprendidas por Cosme Ugarte y Francisco Machado entre los años 1767 y 1770; y finalmente las dos misiones consumadas por el piloto español José de Moraleda y Montero en las que realizó mediciones hidrográficas y geográficas para lograr un conocimiento más exhaustivo de los canales por la Corona española, demostrando sus conocimientos y eficacia en la realización de un derrotero provisto con instrucciones para navegar el canal de Chacao, la boca del Guafo y los canales interiores, además de lapidar de una vez por todas la leyenda de los Césares.

A modo de conclusión

Siempre aleteando un poco más delante de los conquistadores, los mitos y leyendas que tapizaron la Conquista de las Indias, algunos trasplantados desde el Viejo Mundo y otros autóctonos, eran la manifestación viva de los anhelos y deseos más profundos de las personas, bien sea un propósito tan mezquino como la búsqueda de un enriquecimiento rápido u otros más filantrópicos e idealistas, como llevar la palabra de Cristo a los salvajes o dar la vida por tu rey. Y aunque la mayoría de estas habladurías conducían a la indignancia o a la muerte, les debemos el descubrimiento del Cañón del Colorado, la Florida y el Amazonas. Descubrámonos la cabeza ante estos hombres y mujeres que fueron capaces de escalar abruptas montañas, cruzar desérticos parajes o cargar contra los indígenas en inferioridad de condiciones. Todo por un sueño, una ilusión, la fe... Buscadores de mitos americanos, quijotes de lo imposible...